

Raúl Barón Biza: El Exterminador

por Emilio Fernández Cicco.*

Raúl Barón Biza y Jorge Luis Borges tienen tres cosas en común; ambos nacieron en 1899, ambos fueron escritores y ambos llevaban la letra “B” en la cabeza de sus apellidos. Más allá de eso, está el abismo. Borges sacrificó su vida por su obra, sus cuentos están entre lo mejor de la historia de la literatura, fue un hombre sexualmente reprimido, su obra está traducida a casi todas las lenguas y se venden cientos de miles de sus libros al año. De la obra de Raúl Barón Biza, en cambio, no queda rastro alguno.

Desde que murió, en 1964, no se volvió a reeditar. Su familia, la sangre de su sangre, se encarga de que sus páginas sigan guardadas en el infierno del que salieron. A diferencia de Borges, Barón Biza salió de su biblioteca, donde se confundían los lomos de los libros con los picos de las botellas, y vivió intensamente. Fue playboy, prófugo de la justicia, hacendado, víctima de torturas, empresario olivícola, minero, director de revistas, diplomático en Hungría, accionista de concesionarias de automóviles en Uruguay, empresario del algodón en Egipto, suicida y, por poco, asesino.

La policía lo consideraba un enemigo de la moral y las buenas costumbres. Estuvo acusado de desacato a la autoridad. Fue arrestado en distintas oportunidades por desacato e insurrección. Se lo llamó pornógrafo, misógino, misántropo y antisemita. En su libro *Todo estaba sucio*, de 1963, escribió: “El judío es comerciante por necesidad y vocación, estudioso, perseverante, con un desarrollado instinto de parásito”. Era pariente lejano del Che Guevara. Inspiró dos tangos, fue heredero millonario, organizó orgías y huelgas de hambre, se afilió tres veces a la Unión Cívica Radical, retó a duelo a un senador, a un coronel y al jefe de la Policía Federal de Buenos Aires, lo que le costó 20 días en prisión. En sus ratos libres, Barón Biza era escritor. Y no le iba mal. Sólo su primera novela *El derecho de matar*, editada en 1933, tuvo tres ediciones. Según cálculos del mismo autor, agotó 200 mil ejemplares. Borges, con *Historia Universal de la Infamia*, publicada dos años más tarde, no pasó de los 50.

Para el juicio de especialistas y biógrafos, las obras de Barón Biza son el equivalente al cine de Ed Wood: nunca, dicen, hubo en la historia otro igual; nunca hubo otro tan malo.

Mientras los cuentos de Borges ponen el acento en el tiempo, la inmortalidad, los laberintos y los juegos de espejos, los libros de Barón Biza hablan de lesbianismo, abuso de menores, *menage a trois*, políticos corruptos, policías violentos o amigos que hunden el puñal por la espalda cuando más se los

necesita.

Escribía intoxicado por la vida, sin inspirarse en nadie, con la única voluntad de ser escuchado. Para los cánones literarios, escribía basura, y la escribía así: “Embriaguez de teatro.. borrachera de dancing.. bullicio nacarado sobre el tapete verde.. éxtasis de cine.. risas de champagne.. cascadas de besos.. toda una naturaleza íntegra con sus tres reinos de Dicha, de Pasión y de Orgía, la volcamos en la copa de nuestro amor y bebimos de dos desiertos de arenas caldeadas”. O: “Los patrones, como cuervos llenos, me miraban de arriba a abajo y parecían dividirme en dos pedazos con la cuchilla de sus pupilas”. O: “Obligada a vivir entre fieras, si quería subsistir, he tenido que convertirme en fiera”.

La historia de los Barón Biza, y su dinastía de riqueza y muerte -cuatro suicidios en una misma familia-, se lee como una leyenda. Probablemente, la más venenosa que se contó jamás.

La parábola negra familiar comienza, como debe ser, en un castillo del siglo XV. El castillo está ubicado en Gageac, región de Dordogne, Francia. De allí llegó Jean Victor Barón a la Argentina. Se casó con una aristócrata de la provincia de Córdoba y tuvo once hijos, entre ellos Wilfrid, un hombre hábil para los negocios que, de un día para otro, amasó una fortuna. Wilfrid Barón empezó teniendo un molino en una colonia de inmigrantes friulanos y terminó, a comienzos del siglo XX, comprando y vendiendo buena parte de la pampa argentina. Wilfrid tuvo ingenios de azúcar, se dedicó a la explotación del quebracho y fue un exitoso corredor de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires. En 1890, se casó con Catalina Biza. Catalina tenía 17 años y era una cristiana devota. Su padre, Gerónimo Biza, con una historia ligada a la docencia, era precursor de la medicina alternativa en Sudamérica. Catalina heredó de él su pasión por ayudar a los demás. Mientras su marido hacía millones, ella descargaba sus culpas materiales financiando misiones de caridad de los salesianos. Fue tanto lo que hizo por los leprosos, por las monjas y por los hospitales que Pío XI la recibió en persona y la nombró comendadora del Santo Sepulcro, la premió con la Cruz Pontificia y la Cruz Lateranense: los trofeos de Dios. Años más tarde, su hijo Raúl le escribiría una carta al Sumo Pontífice acusándolo de malversar una donación para levantar una escuela con el nombre de su madre, epístola que utilizó como introducción a su novela *El derecho de matar*. Catalina y Wilfrid tuvieron siete hijos, dos de los cuales murieron prematuramente. Cuando Wilfrid dejó este mundo, legó una herencia de 110 millones de dólares a repartir entre cinco hermanos. Cuatro de estos vivieron su vida decentemente y según el mandato paterno. Pero allí estaba Raúl Carlos Barón Biza, nacido en la provincia de Córdoba, ombligo de Argentina, el eslabón perdido en la cadena familiar. El hombre que convirtió siglos de corrección y entrega social en abono para los cerdos.

Barón Biza tuvo todo para ser feliz: recibió la enseñanza de las mejores institutrices, estudió en Harvard, vivió en Francia en los años veinte cuando París ya era una fiesta y conoció el mundo a bordo de cruceros de lujo. Su cuenta bancaria era inagotable y sus mujeres también. Las revistas de la época lo trataban como a un príncipe, la versión masculina de París Hilton. En sus memorias políticas tituladas *Por qué me hice revolucionario*, contó: “Los cinco continentes no guardan para mí sino pocos misterios. África, desde el Nilo

hasta la ciudad del Cabo; América, desde Boston a La Habana, al Callao, Valdivia y Montreal; Australia, con sus praderas y el archipiélago Malayo con sus islas cinematográficas. El Asia, con su maravillosa Delhi, Yokohama, Bombay y, por último, la vieja Europa, desde Springfield y Leningrado hasta Constantinopla y España". Conseguía todo lo que se proponía: si quería una fiesta ambientada como una embarcación y con los invitados disfrazados de marineritos, lo tenía. Si quería conquistar a la actriz Myriam Stefford, suiza bellísima, 21 años luminosos, aviadora, comprometida con un millonario, la tenía.

Myriam no era una actriz de primera línea, pero tenía un futuro esperanzador por delante. Había actuado en Hollywood en el film *Póquer de ases*, en *La duquesa de Chicago* y en una versión de *Moulin Rouge*, y había girado con una compañía de teatro por distintos puntos de Europa. Hay quienes juran que en 1926 Raúl decidió lanzar una revista de farándula llamada *Charleston* sólo para cortejarla. Había conocido a Myriam un año atrás, en Viena -se la había presentado un ministro argentino, el coronel Bortagaray-, y necesitaba ciertas distinciones en el rubro para sobresalir del resto de los candidatos y arrebatarla de las garras del millonario con el que estaba comprometida. La revista, editada en Argentina, duró tres números. Fue una vida breve pero cumplió su objetivo: con la excusa de hacer notas sociales sobre *la crème de la noche*, Barón Biza se acercó a Stefford y, en septiembre de 1930, celebraron juntos la boda en Venecia. En la fiesta hubo príncipes, duques y baronesas.

Biza y señora vivieron en Europa con todos los lujos. Él le ofrecía el paraíso en la tierra. El único sacrificio que le exigía era dejar el cine. Myriam no dudó. Entre sus pasatiempos de aquella época estaba el de pasearse por los parques de Berlín con su leopardo, al que apodó Gaucho. "Me acompaña a todas partes", se reía Myriam. Cansado de Europa, Biza levantó una mansión en la elegante avenida Quintana, en Buenos Aires, y se instalaron en Argentina. Vivieron seis años juntos, alternando entre Buenos Aires y la hacienda familiar de Raúl, en Córdoba.

Más allá del cine y los leopardos, Myriam era una apasionada de los aviones. Lo suyo era el desafío. Decía que lo peor que podía sucederle era tener una muerte común y corriente. Su sueño era conectar en un mismo vuelo catorce provincias de Argentina: 4100 kilómetros, con paradas para recargar nafta. Stefford era una apasionada, pero, hay que decirlo, no era una experta. Obtuvo su matrícula de piloto pocos días antes de lanzarse a la aventura y tenía apenas un viaje piloteado de larga distancia. El 18 de agosto de 1931 despegó del aeropuerto de Morón, un suburbio de la ciudad de Buenos Aires, dispuesta a grabar su nombre en la historia de la aviación de Sudamérica. No pudo. Tras algunos desperfectos y un cambio de avión, se estrelló ocho días más tarde en la localidad de Marayes, en San Juan. Iba a 800 metros de altitud cuando un pozo de aire la sepultó en el suelo. Aún no había cumplido un año de casada. Un día antes, Barón Biza recibió una llamada anónima que lo desconcertó: "Ojalá -le decía- tengas que ir a buscar a tu mujer y la traigas en un cajón con todos los huesos rotos".

Desde entonces, conjeturó que un enemigo anónimo -siendo millonario y vanidoso, estaba lleno de ellos-, había dañado el motor para que su mujer cayera como un leño gigantesco. Para devolver el brillo al nombre de su

difunta esposa, Barón Biza ofreció un importante premio, en el aniversario de su muerte, a quien pudiera completar el *raid* de las 14 provincias. Años más tarde levantó un monumento funerario, réplica del ala de su avión, donde enterró los restos de su amada. Lo hizo, al modo Barón, gigante y faraónico: un monolito de 82 metros, con 476 escalones, 150 toneladas de cemento, que puede verse desde la ruta que une Alta Gracia, con la ciudad de Córdoba. Allí yace, también, un cofre con las joyas de su esposa sumergido en un hueco a seis metros de profundidad y, según la leyenda, con un cargamento de dinamita dispuesto para protegerlo. Durante años, fue considerado un monumento al amor, y hasta allí asistían peregrinos con el corazón roto, pidiéndole a Myriam reparar sus penas. Hoy, el monolito está roído por el tiempo, húmedo y solitario y es, para los más urgidos y escépticos, un improvisado baño público.

Luis Rosanova es museólogo y en agosto de 2006, a 75 años de la muerte de Myriam y 70 de la creación del monolito, organizó en la provincia de Córdoba una muestra fotográfica en memoria de Stefford con más de 60 imágenes, recortes de periódicos y testimonio gráfico de conocidos. La visitaron más de mil personas. Rosanova dio con algunas historias reveladoras. “Según un egiptólogo argentino que visitó Alta Gracia en 1988 -explica-, no es un ala de avión, sino el símbolo egipcio de la eternidad. Hay un dato más curioso aún. En varias publicaciones de la época se dejaron entrever las sospechas sobre un posible atentado o sabotaje, teniendo como ideólogo al propio esposo. En la misma Alta Gracia, testimonios de gente que los conoció en el Sierras Hotel, donde alquilaba la pareja, murmuraban que Myriam tenía un amante. Sin embargo, es un rumor que nunca se revelará”. Pero, ¿están guardadas las joyas en el mausoleo, tal como indica la historia oficial? ¿O es uno de los sinuosos mitos del Barón? A Rosanova no le quedan dudas. “Las revistas dan cuenta con fotos de cómo fueron colocadas en un tubo de cristal, junto a un pergamino escrito por el propio Barón Biza, con una semblanza de su esposa. Además, en el momento en que se hizo esa ceremonia, había altas personalidades del gobierno cordobés que fueron testigos del hecho.

Asimismo, varias personas entrevistadas en Alta Gracia, empleadas de la estancia de Biza, dan cuenta de haber visto cómo se colocaban las joyas en un cofre revestido de cobre. Uno de ellos, incluso, tuvo que hacer guardia durante varias noches para que no las robaran hasta que se secó el concreto que las protegía”.

Con su mujer sepultada y su recuerdo a flor de piel, el mundo de Barón Biza se tiñó de negro. El ser humano pasó a ser un conjunto de fibras, sangre y huesos, sin sentido ni fin, a la espera de ser devorado por los gusanos. Dios era un chiste. Y de los malos.

Barón Biza profetizaba que el mundo tendría su fin en el año 2000. Y era de la idea de que, en un mediano plazo, los laboratorios emplearían a los cadáveres como alimento. Por otra parte, conjeturaba que los humanos, tal como señala hoy la ciencia, somos descendientes de alienígenas. Canalizó su furia volcándose a la política y se afilió al partido radical por segunda vez. La primera había sido en 1920, y habría incluso una tercera en 1946. Envalentonado con la causa, participó de insurrecciones frustradas en todo el país contra el gobierno militar de José Félix Uriburu y del general Agustín P.

Justo. Un periodo atroz de luchas y matanzas políticas que permanecería en la historia argentina con un nombre a su medida: la Década Infame. En enero de 1932 asistió, desde la periferia, a un grupo de rebeldes armados que planeaban la toma de destacamentos y comisarías, cerca del río Uruguay. Ellos confiaban en que un solo golpe revolucionario sería suficiente para desencadenar una revuelta popular en toda la nación contra el gobierno de Uriburu. Pero fue tal la desorganización que el grupo tuvo que retirarse a poco de entrar en acción.

“Lo olvidé todo, negocios placeres, deportes -escribió en *Por qué me hice revolucionario*, el ensayo en el que contó su conversión de la frivolidad más descerebrada a la política más ortodoxa-, todo lo que no fuera preparar con éxito la futura liberación argentina”.

Para el poder, Barón Biza era el potentado que financiaba a los revolucionarios. Y no estaban del todo equivocados. Raúl editaba el periódico *La Víspera*, un órgano del radicalismo que, en uno de sus números, enseñaba a sus lectores el peligroso arte de confeccionar bombas caseras. Por éste y otros artículos, Biza estuvo preso acusado de asociación ilícita, intimidación pública, desacato a la policía e intento subversivo. Para evitar la prisión, se exilió en Montevideo, Uruguay. Pero no se rindió. Cedió su mansión en Buenos Aires para fundar la Asociación Democrática Argentina, un organismo de resistencia civil con integrantes del radicalismo. En julio de 1933, cuando murió el ex-presidente radical, Hipólito Yrigoyen, viajó desde su estancia de Córdoba al funeral en Buenos Aires y pagó el pasaje de 460 militantes que no tenían boleto.

En esa época, Raúl había cambiado la champaña por las pistolas Máuser. Era la viva personificación de la rabia. Se peleaba en los bares para defender lo que creía: la nacionalización de los servicios, la igualdad de los derechos de la mujer, jornadas de trabajo dignas. Recién regresado de su exilio en Uruguay, enfrentó a ocho parroquianos que se atrevieron a desafiarlo. A cuatro de ellos les partió la cara, a uno con un vaso de cerveza y después, según su relato, los ocho huyeron despavoridos. En 1935 retó a duelo a un coronel recalcitrante que presidía el Departamento de Balística de la Policía, y había insultado a un líder radical. Los historiadores aún se preguntan si el reto llegó a disputarse, o no.

Fue durante una de sus estadías en prisión que Raúl Barón Biza dio un vuelco fundamental en su vida: decidió que sería novelista. La escritura no le era extraña. De joven había publicado libros románticos y una recopilación de relatos llamada *Risas, lágrimas y sedas*, con personajes sacudidos por el sexo, la ruina y las mujeres sin corazón. Pero cuando en 1933 lanzó su novela *El derecho de matar*, decidió pagar una edición de lujo laminada en plata y poner en marcha una campaña publicitaria sin precedentes. Empapeló la ciudad de Buenos Aires y pagó avisos de páginas enteras en los periódicos de mayor tirada.

La novela es una mezcla de Calígula con el Marqués de Sade, escrita con los intestinos. Es la parábola bamboleanante de Jorge Morganti y su mujer, Cleo. En el camino, todas esas delicias humanas por las cuales, dicen, Dios acabará pronto con el mundo: necrofilia, incesto, lesbianismo. En un momento, los protagonistas parten a Brasil escapando de los prejuicios del pueblo donde vi-

ven y terminan en la miseria. Morganti sale a mendigar y se cruza con un antiguo amigo que, no sólo se resiste a darle dinero sino que además lo abofetea. Morganti no lo duda: lo estrangula allí mismo y luego le roba la billetera. No es el único crimen que cometerá. A Barón Biza, sin embargo, le interesa menos la trama que la justificación filosófica del asesinato. “Los hombres -escribe- sólo tenemos el derecho de matar al que nos niega lo que mal le corresponde en la vida”.

Sabía que la novela iba a merecer la censura. Apenas vio su nombre en los afiches, el jefe de la policía federal ordenó confiscar la edición completa. No hay mejor puntapié publicitario que una censura y ésa fue la patente que sacó Barón Biza para convertirse en un escritor con todas las de ley. O, mejor dicho, *contratadas* las de la ley.

Por su debut literario, el Estado le inició un juicio por inmoralidad. Fue absuelto y, en las siguientes reimpressiones de la obra, reprodujo el fallo absolutorio a manera de prólogo. Además, pagó de su propio bolsillo, páginas enteras en los diarios con la sentencia.

Aun cuando la juzgan de pomposa, aún cuando los críticos dicen que sus personajes tienen menos hondura que una figura de papel, aún cuando muchos de sus juicios bordean la misoginia -“la mujer es un ser maldito”-, la prosa de Barón Biza tiene el poder venenoso de un pez globo: basta con una muestra para aniquilar a 30 personas en menos de cinco horas. En sus libros el único ser que queda exento de toda suciedad no es Dios, sino la figura de la madre y la ciudad de Río de Janeiro, cuyas costas compara con unos senos mordidos. Sus historias son retazos de un manifiesto contra todo. Raúl es un exterminador. Su último libro (*Todo esta sucio*, 1963) es una excusa para fustigar al matrimonio y la castidad, la Iglesia y la hipocresía, una ocasión propicia para ajustar cuentas con los políticos, los amigos traicioneros y, en especial, los críticos literarios, esos seres que colocarían puntillosamente una a una sus novelas en una lista de mamarrachos. “Tú, crítico literario -escribió-, maricón de las comas; tú, incapaz de emitir una idea que no esté supeditada a la regla, tú con alma de santurrona y meretriz. Yo sé por lo que se te puede comprar y con cuánto placer te vendes. Por ello, no te adquiero”. Barón Biza atacaba la necesidad de toda nación de crear sus propios héroes (“Algún día -explicaba- daré a conocer esta verdad en que los héroes se mezclaron con los traidores; la generosidad de unos, y el sacrificio de otros, fue aprovechada por bandidos disfrazados de políticos y revolucionarios”). Delató la explotación y el descarte de los viejos y analizó la mentira política detrás de toda guerra cuando George Bush era todavía un bebé: “¡Ah! Cuando los hombres se den cuenta de que fueron llevados a las guerras para defender el petróleo o el estaño disfrazados de soldados de la libertad”.

Christian Ferrer, ensayista y profesor de la Universidad de Buenos Aires, tenía pensado hacer un libro sobre Barón Biza desde hacía quince años. En 1994 había escrito un ensayo sobre el tema en una revista cultural argentina y recibió, a vuelta de correo, una carta de agradecimiento del 52° descendiente de la familia, hijo menor de Raúl, Jorge Barón Biza. Alentado por las palabras de Ferrer en aquella crónica, Jorge empezó a proveerlo con sus archivos familiares. Y de algún modo, sutilmente, le legó la tarea de escribir sobre su padre.

—Imaginate: no hay escritor al que le interese Barón Biza. Lo despreciaron completamente —dice Ferrer—, la familia decidió no volver a editarlo. Y creo que los lectores no se pierden de nada. Pero digamos que no era un desastre. Hubo escritores mucho peores y los hay ahora también, incluso entre los premiados y los ensalzados por los críticos. Tampoco era una gema de primera agua. Era egocéntrico, es cierto, pero eso no lo vuelve mal escritor, aunque sí incapaz de percibir todas las dimensiones de los problemas que abordaba en sus libros. Pretendía gritar una verdad negada a los cuatro vientos. Esa verdad concernía al sexo, que era para él centro de gravedad de la existencia, y asimismo concernía a la política argentina. Por lo tanto, la suya era una literatura de denuncia: de la trata de blancas, de la corrupción de las clases dirigentes argentinas, de las camisas de fuerza impuestas a hombres y mujeres, del moralismo resentido. Su discurso es a la vez misógino y emancipatorio, misantrópico y socialista, nihilista y romántico. Se diría fluctuante y caprichoso.

En sus tratos con Jorge, Ferrer buscaba, sin suerte, encontrar rastros de Raúl.

—Se parecían poco y nada. Lo que no quiere decir que el fantasma paterno no fuera una presencia fuente de incomodidad o de perplejidad en la vida de Jorge, a quien recuerdo como un hombre suave y pacífico. No sé si la vocación literaria de Jorge provenía del padre, probablemente no, aunque fue la forma en que él pudo expresar sus intereses y su propia historia.

Le pido a Ferrer, después, que enumere de memoria cuántas detenciones, cargos, fugas de prisión y huelgas de hambre tuvo Barón Biza en vida. Saca cuentas en el aire y da en el blanco:

—Estadías en prisión, algunas de pocos días, y la más extensa, de un año entero. Dos fugas: de Argentina a Uruguay y de Brasil a Uruguay. Huelgas de hambre: tres. Cargos, varios: por estupro, por inmoralidad (dos de sus novelas), por revolucionario, por duelista, por agresión al cuñado.

Federico Alejandro Minolfi vive en Córdoba. Es abogado, estudiante de letras y tiene un hobby: es uno de los escasos defensores literarios de Barón Biza. Junto a un puñado de admiradores, restauró los dibujos de las portadas de sus libros y retipeó varias de sus obras haciéndolas circular entre los interesados. Las presentó a las editoriales alentándolas a reeditarlas, pero ninguna quiso siquiera escuchar razones. Minolfi y su grupo son los escuderos de su maldición, los caballeros templarios que protegen un mensaje peligroso y destructivo, pero deliciosamente sincero. Cuando termine de reescribir sus obras completas al formato digital, las ofrecerá gratuitamente a todas las bibliotecas que se animen a recibirlas.

—Me revientan las historias oficiales y la historia de las letras argentinas gira siempre sobre los mismos —protesta Minolfi—. Los intelectuales alaban a Borges y señalan que su personaje favorito es el Quijote. Si es un intelectual de izquierda, quizá mencione a Benetton, un tipo insoportable. Y de Barón Biza dicen siempre lo mismo, tal como dicta la academia: que era un infame y que sus libros no tenían valor. Es cierto, Raúl tenía un estilo desigual, evidentemente no corregía todos los originales. No tenía el menor interés por la estética. A veces se le iba la mano con el rococó y hay situaciones que

parecen de opereta. Admito que sus personajes parecen esbozos vacíos cuyos actos obedecen al capricho del autor. Hay desgracias absurdas y dramas morales por los que él toma partido por uno u otro de manera anárquica. Sin embargo, no conozco ningún autor que haya ido tan lejos como él. No impostaba nada, no tenía esperanzas, fue un torturado y tenía el dolor en carne viva. Sus obras deben leerse como lo que son: unas pesadillas.

En Córdoba, Minolfi trabaja en la recolección de las obras de Barón Biza junto a Gabriel Waisberg, uno de los hombres que más sabe acerca de la historia y la maldición familiar. Está reuniendo material para un documental y se encuentra en tratativas con los herederos para romper con décadas de silencio y abrir, de una vez y para siempre, el corazón hirviente de Barón Biza al juicio del público. Waisberg indagó también sobre el misterio del monumento funerario de Myriam Stefford -asegura que, tras una profanación, el cuerpo no está más allí-, ataca a los defenestradores profesionales del escritor y, a pesar de que proviene de una familia judía, ama *Todo estaba sucio*, la última novela de Barón Biza donde dispara contra su colectividad. Por si fuera poco, Waisberg habita un chalet en La Falda, Córdoba, que perteneció al propio Raúl.

—Barón Biza era un visionario oculto —dice Waisberg— era un hombre que veía más allá. Tenía la mente muy abierta. Él decía que, en el futuro, se iba a hacer pan de los muertos. Y mirá ahora los trasplantes de órganos, las donaciones de semen. Era un adelantado. Por otra parte, nadie tiene el derecho de juzgarlo por un incidente doméstico, que sólo incumbe a su familia.

El incidente doméstico al que se refiere Waisberg, se inició indirectamente cuando Raúl conoció, en el exilio en Uruguay, a Amadeo Sabattini, un reconocido radical de Córdoba, futuro gobernador de la provincia, que por poco no fue presidente argentino. A través de Amadeo, se acercó a la hija de éste, Clotilde, veinte años más joven que él.

Clotilde escribía columnas sobre la mujer en la política que Barón Biza publicaba en su periódico partidario, *La Semana Radical*, cuando residía en Argentina. Cuando el escritor la flechó y celebró por segunda vez su matrimonio, la chica tenía 17 años. Al igual que Myriam Stefford, era fuerte y decidida. En 1949, ya casada con Barón y aún siendo muy joven, fue elegida presidenta del Primer Congreso Nacional Femenino de la Unión Cívica Radical. En esos tiempos en los que el general Perón dominaba con mano de hierro Argentina, Clotilde fue una firme opositora al régimen, algo que le valió, incluso, la prisión. En 1953, se exilió con su marido en Montevideo -él había escapado dos años antes y tenía dos arrestos encima-.

Tanto Barón como Clotilde tenían un abogado inmejorable, el radical Arturo Frondizi, futuro presidente de la nación, amigo íntimo de la pareja. A pesar de que meses después, el matrimonio regresó a Argentina sin sobresaltos, la vida doméstica de la pareja era como una montaña rusa con los rieles destrozados. A siete meses de celebrarse la boda, Clotilde ya le exigía a Raúl formalmente el divorcio. Si bien no se conocen los motivos, se cree que a ella -formal, disciplinada y seria- no le caían en gracia las licencias y arrebatos anímicos de su marido. Pero al poco tiempo, sólo Dios sabe cómo, Clotilde volvió a sus brazos. Tuvieron tres hijos, María Cristina, Jorge y Carlos, testigos de las idas y vueltas de sus padres, y de los platos rotos.

Profesionalmente, Clotilde escalaba posiciones y nada parecía detenerla. En 1958, la nombraron titular del Consejo Nacional de Educación, la primera mujer argentina en alcanzar un puesto de semejante influencia política. Por sus discursos y convicciones a favor de las libertades educativas, se había convertido en un referente femenino de entrega política.

Mientras tanto, el porvenir literario de Raúl, y sus sueños de grandeza política, se evaporaban poco a poco. La crítica era despiadada con sus libros y excepto *El derecho de matar*, sus siguientes obras no vendieron lo esperado. En sus últimos años, Biza prometía más de lo que publicaba. A causa de su novela *Punto final* recibió otro juicio del Estado, por obscenidad, del que también fue absuelto. Mientras Raúl se desencantaba con el mundo, sus novelas se teñían de cinismo, violencia y espesa oscuridad. En *Todo estaba sucio* es un cruzado contra los judíos, las mujeres, el matrimonio y la natalidad. Barón habla desde el lugar de víctima. “Cumple tu mandato de multiplicarte”, afirma. “Tómala, pero no firmes el contrato nupcial.. piensa que llegará el hastío. Que los ojos de ella no te invitarán como hoy.. hay millones de mujeres como ella en tu futuro. Vas a firmar tu sentencia, vender tu libertad, arrojarte a un pozo desconocido. ¿Qué sabes de su temperamento, de su carácter, de sus taras hereditarias?”

Mientras, Barón bebía cada vez más. Intercalaba sus botellas en la biblioteca, entre sus libros pornográficos importados de Europa. Y, si los rumores y sus novelas no mienten -en ellas hay referencias constantes a los efectos del opio y la cocaína-, las drogas recreativas que Raúl habría consumido durante su juventud le pasaban factura tardía de sus días de fiesta.

Hundido en la desesperanza y cada vez más encerrado en sí mismo, le desesperaba que su mujer estuviera más horas dentro de los comités políticos que en su casa. En 1950, en un arrebató violento, Barón tomó su Colt y tres cargadores y salió a buscar a Clotilde a la casa de su suegro en Villa María, Córdoba, donde ella vivía tras una de sus tantas separaciones. Pero, cuando llegó, su cuñado lo detuvo en la puerta. Forcejearon, el arma se disparó y ambos terminaron en el hospital, heridos de bala. Por esta rabieta, Barón pasó un año bajo arresto en una cárcel provincial. Su herencia millonaria estaba agotándose. En mayo de 1959, intentó matarse consumiendo pastillas. Incluso redactó cartas de despedida a su familia. Estuvo internado en diversas clínicas psiquiátricas, sometido a tratamientos intensivos para salir de la depresión pero nada lo ayudó.

En 1964, Barón Biza había perdido el hilo de su vida. Hacía cuatro años que no vivía con Clotilde y todos los esfuerzos por recomponer la pareja, que otras veces habían dado buenos resultados, fueron infructuosos. Clotilde vivía en Córdoba, con su hija Cristina y su hijo Carlos. Jorge, el tercero de los hijos de la pareja, había vivido en Buenos Aires con Raúl, pero al verlo tan destrozado decidió dejarlo a la buena de Dios pocos meses antes. Para Jorge, el final de su padre era inevitable. “Mientras más moraba con él -recordó-, sentía rechazo por sus violencias, cada día mayores, y sus novelas, que consideraba cursis”.

Finalmente, el 16 de agosto de ese año, y por expreso pedido de Raúl, Clotilde llegó con sus abogados a pasar por escrito el divorcio. Biza los había citado en su departamento de la calle Esmeralda, en el centro de Buenos Aires. Allí, el

Barón sirvió whisky a los letrados, luego tomó una tercera copa y, con suma discreción, arrojó el contenido a la cara a su mujer. La copa de Clotilde, sin embargo, no contenía whisky. Estaba colmada de ácido corrosivo.

Lo que siguió, fue rápido y furioso. Los abogados, que no entendían qué había sucedido, llevaron a Clotilde a una clínica, mientras en el viaje ella, desesperada, se arrancaba las ropas empapadas de ácido y contemplaba en el espejo retrovisor los últimos vestigios de su rostro. A sus espaldas, en el departamento de la calle Esmeralda, Raúl Barón Biza se colocaba su bata de seda favorita, se tendía en la cama y se disparaba en la sien con un revólver caliente calibre 38.

Al día siguiente, los diarios titularon así: “Barón Biza ha terminado. Cayó el telón sobre la obra”, y “Barón Biza escribió con sangre su última página”. Un final sangriento, rimbombante y cargado de pólvora. Un desenlace digno de un exterminador.

La pregunta es, sin embargo, por qué, aún cuando estaban separados hacía cuatro años, Raúl Barón Biza sentía tanto rencor por su mujer. Minolfi, el restaurador de Biza, desliza una hipótesis.

—En *Todo estaba sucio* Raúl cuenta la historia de una joven casada con un hombre mayor que se harta de él y empieza a meterse en política. Se independiza cada vez más y llega a despreciar hasta el sexo. La muchachita no puede más del asco y empieza a denigrarlo. El hombre de ser el “macho cabrío” pasa a ser una molestia. Ella flirtea con otros hasta que el marido decide hacer justicia por mano propia.

La otra hipótesis, extendida como rumor y sugerida y no descartada por el propio hijo, es aún más peligrosa. Según esa versión, Clotilde habría tenido algo más que una relación de amistad con Arturo Frondizi, abogado de la familia y presidente de la Argentina. Hasta hay quienes arriesgan que Cristina Barón Biza, la hija de Clotilde y Raúl, tendría más de un parecido con el mandatario. Sea como fuere, tal como señalan sus novelas, para Barón Biza sólo cabía una posibilidad de enmienda: el derecho de matar. —La crónica oficial —apunta Minolfi— se escribió a partir de un muerto: el propio Barón. Entonces era infinitamente más sencillo endilgarle al “pornógrafo nacional” un acto salvaje, antes que encuadrar los hechos como lo que acaso hayan sido: un drama pasional con culpas repartidas.

El desierto y su semilla, la novela autobiográfica de Jorge Barón Biza, hijo de Clotilde y Raúl, comienza precisamente con un vaso de ácido arrojado sobre el rostro de su madre. Él había vivido los últimos años con el escritor y fue el primero en advertir que se estaba convirtiendo en un hombre peligroso. Con su madre en el hospital con el rostro deshecho y Raúl en la morgue, Jorge regresaba por la noche al solitario departamento de su padre mientras, de día, asistía a Clotilde. En su libro llama a su padre Arón y a su madre Eligia. Allí recrea el estado de la cosas con la minuciosidad de un empleado de una casa de remates.

Aquí le había arrojado el ácido. Ni una gota cayó sobre el escritorio; un reguero negro se veía sobre la alfombra -suficiente para impedir toda restauración-,

rastro que unía el escritorio con un sillón de un vago estilo Luis XVI en el que permaneció Eligía durante la entrevista, si bien ya se había incorporado cuando recibió el líquido (..) Opté por leer en mi antiguo, pequeño dormitorio, el que había ocupado durante los últimos cuatro años, porque del grande, que era más soleado, se habían llevado la cama en la que él se pegó el tiro, y faltaba un vidrio, roto por la bala.

Y, lo que es más crudo, Jorge detalla con maestría poética la caída del rostro de su mamá, comido por el ácido, una máscara derretida de cera.

Una furia inmóvil de hielo herrumbrado se apeñuscaba en torno de ese antiguo rasgo, arqueología de la coquetería del pasado. Era la letra final de una identidad que se iba, azotada por olas de un nuevo perfil, inhumano.

El tratamiento para recuperar la cara de Clotilde la arruinó económicamente y nunca terminó de devolverle las facciones. Catorce años más tarde, en el mismo departamento de la calle Esmeralda, Clotilde se arrojó al vacío. Diez años después, la siguió deprimida, con signos de alcoholismo y endeudada, su hija Cristina.

Jorge, sin embargo, no guardaba rencores a su padre. Su recuerdo de Raúl es el fruto de una contradicción, un rompecabezas cuyas piezas no acaban de encajar. “El viejo había sido violento, cruel, furioso -escribe en *El desierto y su semilla*—, pero hizo las cosas con pasión, se había jugado por las ideas, había gastado fortuna en combatir a los dictadores, después de malgastar otras mayores en putas europeas”.

Gastón Gallo, director de la pequeña editorial Si- murg, contactó en Córdoba a Jorge, quien colaboraba en el diario La Voz del Interior, con la intención de relanzar la obra del padre. “Por mi parte, no tengo problemas -admitió el hijo-. Los que se oponen son mis familiares”. A cambio de las novelas de Raúl, Jorge le envió a vuelta de correo dos cosas: el manuscrito de su libro *El desierto y su semilla*, que había presentado sin suerte al Premio Planeta Novela de 1997, para evaluar su publicación y una caja con más de cien fotocopias que incluían reproducciones de diarios, fotos y vales de empeño de joyas -entre ellas, parte de las que pertenecían a Stefford y que Raúl vendió en el final de su vida-. En definitiva, el material que, en su momento, también le envió a Ferrer.

—Jorge quería editar su novela en una editorial que pusiera en primer plano su obra y no su tragedia familiar —cuenta Gallo—. Por otra parte, quería que se leyera en serio a su padre. Pero no tenía los medios ni la autorización para reeditar sus obras.

El desierto y su semilla, cuya primera edición fue solventada por el propio autor, se convirtió en la novela más vendida de Simurg. Una obra maestra, honesta y macabra, como su vida. En sus párrafos finales, Jorge reflexiona, literariamente, sobre Raúl.

(Mi padre) Ha ido mucho más allá que los borrachines, ha construido un espacio en el que es imposible reconocer un límite. Abrió un desierto al que no se le ven fronteras, género de mal que ya no necesita ejercitarse en la agresión, porque se ha encerrado en un orbe en el que no cabe lo humano.

El 9 de septiembre de 2001, mientras Gallo aguardaba en el correo un paquete con artículos culturales de Jorge para lanzar un segundo libro —también tenía una novela aún inédita llamada *La mujer en lo alto*—, supo que el hijo menor de Barón Biza se había arrojado del balcón de su edificio en la ciudad de Córdoba. En su novela, lo habían palpitado con temor: “Una cadena parece tironear de mí hacia el vacío”. Jorge vivía alquilando pequeños departamentos de un ambiente. Llegaba con lo justo a fin de mes. De la célebre fortuna de los Barón Biza, no quedaba nada. “Cuando te toca un viejo que se cree el Marqués de Sade y se gasta la guita en construir monumentos a la pasión -explicaba-, terminás a arroz y salchichas”.

Fue el cuarto de la familia en quitarse la vida. Y, hasta hoy, el último.

El único que permanece vivo es Carlos Barón, quien reside en Buenos Aires, oculto y reacio a recibir periodistas. Su hermano Jorge lo calificaba secretamente como “intratable”. En la actualidad, Carlos integra la Fundación Rene Barón, de su difunto tío, una institución que otorga becas en apoyo a investigaciones científicas y que funciona en una propiedad del propio Raúl en la calle Quintana.

Mientras lee estas líneas finales, Gastón Gallo, el editor de Simurg, busca hacer justicia literaria y poner las cosas en su lugar. Acaba de terminar un ensayo académico sobre Raúl Barón Biza donde lo compara con otros dos escritores argentinos de la época, el vizconde de Lascano Tegui y Juan Filloy. El artículo se integrará en 2008 a los tomos de Historia Crítica de la Literatura Argentina, que publica Planeta y dirige por el ensayista Noé Jitrik. Es la primera defensa de la Academia al vapuleado Barón, un nombre que no figura ni en el contundente Diccionario de Autores Latinoamericanos, de César Aira, ni en ninguna página destinada a escritores que merezcan la pena.

—Raúl Barón Biza era un raro —argumenta Gallo— tenía cierta hibridación de voces, de registros. Hacía cosas que otra gente no se había atrevido. Manuel Puig toma cierta línea de su obra. Además, en cierto sentido, fue profético. En un libro, Raúl retrata a Myriam Stefford como a Evita muchos años antes de que ésta surgiera. Al igual que la mujer de Perón, Myriam había dejado atrás su carrera de actriz, y en la estancia de Raúl en Córdoba, ayudaba a los pobres y a escuelas carencia- das. Quién sabe en qué se hubiera convertido de no haberse estrellado el avión.

Las maldiciones necesitan de una redención para dormir en paz. Un exorcismo. Han pasado 47 años desde la muerte de Raúl Barón Biza, y su rabia sigue azotando y removiendo fantasmas. Horas antes de que su cuerpo fuera pasado por las llamas, el médico forense se detuvo frente al cadáver. “Es asombroso —dijo—, pero este hombre tenía fuerzas suficientes para haber vivido mil años más”.

² Autor de tres libros periodísticos, amado y odiado por las celebridades que le toca entrevistar, muchos los consideran uno de los periodistas más descarados del continente latinoamericano. Es inventor de un género propio, el periodismo border, que privilegia la vivencia en bruto. Fue actor porno, enterrador de

cementerios y asistente de boxeo. Su libro, *Yo fui un porno star* recopila sus artículos más audaces.